2.4 FACTORES INFLUYENTES EN EL DESARROLLO DE PROBLEMAS DE CONDUCTA

El desarrollo infantil se divide en cuatro grupos: el desarrollo físico, el desarrollo cognitivo, el desarrollo emocional y el desarrollo social. En el desarrollo de problemas de conducta pueden llegar a influir muchos factores, pero principalmente el emocional y el social, debido a que son aspectos que afectan más a la conducta.

En el desarrollo de conductas disruptivas influyen tanto factores internos como externos al niño, de muchas formas diferentes.

FACTORES INTERNOS.

APEGO.

El ser humano nace siendo un ser indefenso, que necesita aprender a sobrevivir, esto desemboca en una larga infancia, dónde los cuidados y atenciones de los padres se hacen imprescindibles para sobrevivir. Según la Teoría de la Reducción del Impulso (Hull, 1943), el bebé desarrolla el vínculo de apego a través de las atenciones que están dedicadas a esa supervivencia, es decir, aprende por asociación que los progenitores son un estímulo placentero ya que son los que les proporciona alimento y les cubren el resto de necesidades básicas. Sin embargo, según Spitz (1945), esta teoría no es acertada ya que el niño reciba los cuidados básicos no garantiza el vínculo de apego ni un adecuado desarrollo. Pone como ejemplo aquellos niños que se crían en instituciones, reciben cuidados básicos (alimentación, higiene, etc.), pero no desarrollan vínculo de apego. Cuando el vínculo de apego esta sanamente establecido, este se dirige a mantener la cercanía con las figuras de apego, sobre todo en situaciones que puedan suponer una amenaza.

El modelo evolutivo del desarrollo del apego de Bowlby (1969) presenta cuatro fases y establece que es entre la tercera y la cuarta fase (1-2 años) cuando el vínculo de apego está totalmente establecido. El apego puede producirse con los progenitores o con cualquier otra persona del ámbito familiar del bebé, estas se desarrollan con una jerarquía

determinada y muestran estilos propios (modos de comportarse, emociones, etc.). La posibilidad de crear vínculos permanece a lo largo de toda la vida (López, 1999), sin embargo, la creación del primer vínculo crea un precedente para los posteriores.

Temperamento.

El temperamento del niño, según Saarni y cols. (2006) es aquel que caracteriza el estilo de respuesta y se mide en función de reactividad, intensidad, latencia o duración de las respuestas emocionales. El temperamento alude a características emocionales de los sujetos: susceptibilidad ante estímulos emocionales, fuerza de sus hábitos, velocidad de sus respuestas, calidad y fluctuaciones de su ánimo, todo ello fenómenos que se consideran de origen hereditario (Allport, 1937).

Muchos estudios han establecido una correlación entre temperamentos difíciles y problemas de conducta infantil (Carrasco y del Barrio, 2006). La capacidad de los padres para lidiar con el temperamento de sus hijos es un factor muy importante que va a influir en el posible desarrollo de problemas de conducta. De tal forma que, si la conducta de los padres es coherente y adecuada con la de sus hijos, a pesar de la existencia del temperamento difícil en el niño, el problema conductual no tendría por qué desarrollarse. Por ejemplo, es más probable que cuando los niños muestran un temperamento más pasivo y tranquilo los padres muestren menor atención y que cuando muestren un temperamento extremadamente sensible pueden dar lugar a que los progenitores les presenten atención excesiva.

Según Strelau (1983), la reactividad es uno de los rasgos del temperamento en el que mayores diferencias se aprecian entre individuos, esta característica se muestra en las respuestas o reacciones que se producen ante los distintos estímulos. En función de su temperamento los niños recién nacidos son clasificados en tres categorías: niños con temperamento difícil, niños de temperamento fácil y niños de temperamento mixto (Thomas, Chess y Birch, 1968). El primero de ellos, el temperamento difícil, se considera que está relacionado con altos niveles de actividad e impulsividad, asociados con problemas de agresividad e hiperactividad (Schaughency y Fagot, 1993). Además, según Willy, Samdy y Yaeger (2000), la impulsividad y la falta de autorregulación correlaciona altamente con los problemas de conducta infantil. Cuando el niño presenta un temperamento difícil y además lo unes a un ambiente familiar inconsistente, su irritabilidad aumenta, pero si los padres se muestran comprensivos y actúan en consecuencia, esas

conductas difíciles pueden mejorar (Belsky, Fish e Isabella, 1991). No se trata, por tanto, de escoger un buen estilo educativo para la crianza, sino de que ese estilo educativo escogido sea el adecuado para las características temperamentales del niño.

De cualquier manera, la forma en que los progenitores responden a las necesidades del bebe dependen de su propia historia de vida (Moss, 1967), mientras que la conducta del bebe aún no está influida por ningún factor que no sea su propio temperamento. Ademas, como dice Del Barrio (2002), los padres no sólo tienen la obligación de educar a sus hijos y responder a sus necesidades, sino que también deben ser modelos a seguir. Es decir, que los hijos también aprenden a actuar y comportarse vicariamente, en función de las conductas que observan en sus propios padres. Por ejemplo, si cuando el niño hace algo inadecuado el padre reacciona explosivamente y perdiendo el control, el niño aprenderá vez a vez que esa es una respuesta adecuada y responderá así también en el futuro ante posibles frustraciones. Según Belsky (1991), el temperamento del niño puede verse influido por los estilos educativos de los padres tanto positiva como negativamente. De acuerdo con el Modelo de Bondad de Ajuste de Thomas y Chess (1984) la armonía entre los estilos educativos de los padres y el temperamento del niño pueden producir un desarrollo adecuado del mismo, de forma que le ayude a alcanzar características más adaptativas. Un buen ajuste entre el temperamento y el estilo educativo del niño implica un clima familiar en el que se reconozca el temperamento del niño y se actúe en consecuencia fomentando su adaptación. Por tanto, según lo dicho, el temperamento tendría dos características básicas: la importancia de la herencia genética y los estilos educativos (ambiente) desde la primera infancia (Buss y Plomin, 1975).

Estrategias de afrontamiento.

En cuanto a las estrategias de afrontamiento, según Morales y Trianes (2010), conviene tener en cuenta que estas se desarrollan como resultado de las evaluaciones que el niño realiza en función de lo requerido en determinadas situaciones o contextos. Esto conlleva que las estrategias de afrontamiento utilizadas en determinados problemas pueden ser muy diferentes de aquellas empleadas en otras situaciones. Las estrategias de afrontamiento fueron definidas por Lazarus y Folkman (1986) como formas de pensar y de comportarse que cambian constantemente y se desarrollan para responder a demandas internas o externas que el propio individuo considera excesivos para su capacidad de respuesta. Al considerar el afrontamiento como un proceso conlleva que lo que el individuo piensa o hace en contextos y condiciones determinadas está en constante

cambio mientras que la interacción está llevándose a cabo. Este proceso no se basa en azar, sino que el propio individuo evalúa constantemente la relación individuo-entorno. Es decir, la forma de afrontar la situación va a cambiar cuando el contexto en que se produce cambia y se va a ver influido también por las características culturales del individuo. Según Dwyer (2005), las variaciones culturales referidas a la expresión de emociones y las expectativas de independencia van a influir en el afrontamiento que se espera ante las distintas amenazas.

Los padres, por medio de las enseñanzas directas, historias familiares y aprendizaje vicario influyen en las estrategias de afrontamiento que van a desarrollar sus hijos. Cuando la principal fuente de aprendizaje de los niños es el aprendizaje vicario, las estrategias que se centran en los problemas (estrategias conductuales) se aprenden más fácil y rápidamente debido a que es más sencillo copiarlas por medio de la simple observación (del Barrio, 1999). Estas estrategias conductuales correlacionan de forma negativa con los problemas de conducta, sin embargo, las estrategias emocionales correlacionan de forma positiva (Compas, Malcarne y Fondacaro, 1988), es decir, aquellos niños que muestras estrategias de afrontamiento de tipo emocional suelen mostrar también problemas de conducta. Los estilos educativos empleados por los padres para la crianza de los hijos es uno de los principales factores que influyen en el tipo de estrategias que desarrollan los niños. En un estudio longitudinal de tres años con 100 niños de edades de entre 5 y 7, se observó que cuando los niños se sienten aceptados por sus padres les resulta más sencillo adaptarse a nuevas situaciones mientras que cuando las relaciones con los familiares se perciben como inapropiadas, desarrollan afrontamientos desadaptativos y sentimientos de soledad y depresión (Richaud de Minzi y Sacchi, 1997).

FACTORES EXTERNOS.

LOS PADRES: ESTILOS PARENTALES.

Los padres tienen una influencia muy alta en la conducta de sus hijos, influyen tanto de forma directa como indirecta a través de sus estilos de crianza y de sus propias personalidades que afectan a su vez a la relación que acaban desarrollando con el menor.

Los estilos parentales son definidos por Coloma (1993) como esquemas de actuación, reducen las prácticas educativas de los padres en una serie de dimensiones que,

combinándolas entre sí, dan lugar a distintos tipos de educación familiar. En la vida cotidiana no suelen encontrarse modelos puros, sino que se entremezclan dando lugar a estilos mixtos. Estos modelos, además no son fijos, sino que varían a lo largo del tiempo y se ven afectados por distintos factores (edad, sexo, número de hermanos, valores morales, contexto, etc.). Según Rich Harris (2002) los padres desarrollan un estilo educativo a medida de cada niño, en función de su conducta, su apariencia, su inteligencia, etc. Es por ello, que más que estilos parentales son tendencias globales de conducta de los padres. Es mucho más importante saber si las actitudes y dimensiones utilizadas por los padres garantizan una educación de calidad para el niño.

La familia es el primer contexto social al que se enfrentan los niños, el primer lugar en el que se comienza a moldear su conducta a través de su interacción con otros. Los estilos educativos (Baumarind, 1967, 1971) utilizados por los padres influirán, por tanto, en las futuras interacciones sociales que el niño desarrollará. Existen 4 estilos educativos diferentes que son: estilo autoritario, estilo permisivo, estilo indiferente y estilo democrático (ANEXO 2). De entre estos cuatro estilos, se considera que es el estilo democrático el que mejores resultados proporciona en la crianza de los hijos, ya que permite una mejor comunicación y afecto a la vez que mantiene los límites del control.

RELACIONES CON LOS PARES.

Es también muy importante para el desarrollo social de los niños su relación con los iguales desde muy temprana edad, ya que cumplen una función muy diferente a la de la familia. Los niños que presentan malas relaciones con sus iguales suelen mostrar también problemas en el desarrollo escolar. Según Borlan (1998), los contactos que se producen inicialmente entre el niño y sus iguales durante sus años de colegio le ayudan a desarrollar habilidades y a aprender de los otros. Por otro lado, según Coll (1984) la buena calidad de relaciones con los pares facilita el vencimiento del egocentrismo permiten conocer otros puntos de vista, sirven también para mejorar el proceso de socialización por la adquisición de competencias pro-sociales, la capacidad de adaptación al medio y la motivación. En definitiva, los niños que mantienen buenas relaciones con los pares experimentan mayor bienestar emocional, muestran mayor autoestima y, además, desarrollan relaciones sociales más fuertes y adaptativas (Wentzel, Baker y Russel, 2009).

INFLUENCIA MUTUA

Por último, hay que tener en cuenta siempre, que las relaciones paterno-filiales están dominadas no solo por la conducta de los padres o de los hijos indivualmente, de tal forma que ambos se influyen mutuamente. Se puede decir que el modelo de relaciones entre padre e hijo es un sistema organizado con actuaciones, creencias y actitudes que implican conductas diversas (Torres, Alvira, Blanco y Sandi, 1994).

El Modelo Transaccional (Sameroff y Chandler, 1975) trata sobre las relaciones recíprocas que se dan entre lo que heredamos genéticamente y aquello que adquirimos por medio del ambiente. Este modelo trata de entender que las personas y sus ambientes evolucionan juntos, se desarrolla a partir de la idea de que los niños se ven afectados por sus ambientes y estos, a su vez, cambian debido a la influencia de los niños, estableciendo, por tanto, que existe una bidireccionalidad en la influencia. Esto vendría a decir que tanto los niños como el ambiente afectan y se ven afectados mutuamente, que los niños no están predeterminados por sus características propias, ni tampoco exclusivamente por las características del ambiente. Las transacciones dependen no solo el niño sino también de lo que les rodea, los padres y lo que ellos piensan sobre los niños.

Los primeros en plantear la posibilidad de que existiera un proceso evolutivo en cuanto a los temperamentos fueron Thomas et al (1963), quienes realizaron una investigación, que demostró que cuando los progenitores no reaccionaban de forma negativa ante los temperamentos difíciles de sus hijos, estos no desarrollaban problemas conductuales (Sameroff y Chandler, 1975). Un mismo ambiente va a influir de forma diferente en distintos niños en base a sus propios temperamentos, de esta forma es el propio niño y su conducta el que se convierte en determinante de sus propias experiencias y posibilidades (Sameroff y Fiesse, 1990).

2.5 COMORBILIDAD

La comorbilidad es un término que fue desarrollado por Fenstein en 1970 y que se refiere a dos aspectos, por un lado, habla de la existencia de uno o más trastornos (o enfermedades) además del trastorno principal; por otro lado, habla de los efectos que estos trastornos adicionales provocan al unirse con el principal. Según Artigas-Pallarés (2003) para que el término comorbilidad sea útil son necesarias dos condiciones:

1. Cuando exista comorbilidad, es necesario que ésta condicione en forma alguna la forma en que se presenta y pronostica el proceso terapéutico.

2. Para que los dos trastornos sean comórbidos estrictamente, es necesario que la frecuencia en la que uno de ellos se presenta en conjunto con el otro sea más alta que la de la frecuencia en que se presenta de la misma forma en la población general.

En muchas ocasiones ocurre que los trastornos presentan muchas características diagnósticas comunes o parecidas lo que lleva a que existan límites difusos (Artigas-Pallarés, 2003) entre esos trastornos y se dificulte, por tanto, la posibilidad de que se crea que existe comorbilidad entre ellos. Es necesario, ser cautelosos y estar seguros.

Según el DSM, los trastornos de conducta, en concreto el trastorno negativista desafiante presenta una alta comorbilidad con el TDAH, se cree que puede ser causado por los factores de riesgo temperamentales que se encuentran presentes en ese trastorno.

Los trastornos de conducta, en concreto el trastorno explosivo intermitente también presenta una elevada comorbilidad con trastornos depresivos, de ansiedad y por consumo de sustancias. El trastorno explosivo intermitente presenta también comorbilidad tanto con el resto de trastornos de conducta como con el TDAH.

El trastorno de conducta, llamado así, presenta una alta comorbilidad tanto con el TDAH (al igual que los anteriores), como con el trastorno negativista desafiante.

En resumen, podemos decir que existe una alta comorbilidad entre los propios trastornos de conducta, de forma que en muchos casos suelen darse de forma conjunta y a su vez todos presentan una alta comorbilidad con el TDAH.

Entre el 15 y el 60% de los casos se encuentran que se presentan conjuntamente los trastornos de conducta y el TDAH (Winder y Landau, 1987). Los trastornos de conducta al igual que las dificultades escolares son dos de las repercusiones más graves que muestra el TDAH, es por eso que para muchos psicólogos a veces es difícil distinguir hasta qué punto es el trastorno de conducta propiamente dicho y no una manifestación más del propio TDAH.

Los niños que presentan comorbilidad entre ambos trastornos suelen identificarse entre los 2-3 años debido a que muestran conductas de manipulación que se dirigen a conseguir atención especial. Cuando se presentan TDAH y TC conjuntamente existe un mayor estrés familiar y se detecta mayor grado de psicopatología (Reeves et al, 1985).

2.6 ¿CÓMO AFECTAN LOS PROBLEMAS DE CONDUCTA AL DESARROLLO DE LA VIDA ADULTA?

Actualmente las conductas infantiles problemáticas se consideran como determinadas por factores de distinto nivel de influencia (biológicos, psicológicos, sociales, etc) según distintos trabajos científicos que han intentado identificar los factores vinculados al desarrollo de esas conductas (Muñoz et al, 2004). La identificación de esos factores de riesgo que pueden provocar el desarrollo de problemas conductuales infantiles se vuelve aún más importante desde que se aceptó la importancia de intervenir tempranamente ante estas conductas distorsionadas con el objetivo de evitar que esos problemas se vuelvan estables en el tiempo y acaben desembocando en problemas conductuales en la vida adulta (Atzaba et al, 2004). En muchos de los trastornos psiquiátricos de adultos pueden encontrarse alteraciones que comenzaron en la niñez de forma que es necesario abordarlos teniendo en cuenta aspectos neurobiológicos, psicológicos, familiares y sociales (Alda et al, 2009).

Frick, O'Brien, Wootton y McBurnet (1994) encontraron que había dos dimensiones conductuales que se dan en la población infantil y que pueden equipararse a las que se dan en la población adulta de forma tradicional (Romero, 2001).

• *Impulsividad / Problemas de conducta*: bajo control de impulsos, falta de responsabilidad.

• *Dureza / Insensibilidad emocional:* incluye rasgos de la personalidad que se consideran muy importantes en la personalidad psicopática (Patrick, Fowles y Krueger, 2009).

Existen diversos trabajos que han establecido que los rasgos de esta última dimensión tienen una alta estabilidad desde la infancia hasta la adolescencia (Obradovic, Pardini, Long y Loeber, 2007) y más tarde hasta la edad adulta (Lynam, Caspi, Moffitt, Loeber y Stouthamer-Loeber, 2007). Lo cual implica, que los problemas de conducta de la infancia no desaparecen con la infancia, sino que se van agravando a lo largo de la vida del individuo, de tal forma que cuando esos problemas no son resueltos en su momento acaban desencadenando en problemas conductuales en la vida adulta e incluso en trastornos más graves. Es decir, los problemas de conducta en la infancia se han vuelto importantes predictores de problemas más graves en la adultez (Frick y cols, 2005) o de conductas delictivas (Lynam et al, 2009). La evolución de esos problemas de conducta

infantiles dependerá de distintos factores, que sean tratados a tiempo, los factores de riesgo entre los que se desarrollen, etc. (Frick yWhite, 2008)

Según Frick y Viding (2009), el estudio de la personalidad y los problemas de conducta en la infancia está justificado porque se considera un factor de riesgo para el desarrollo de personalidades más problemáticas en la vida adulta con patrones de conducta más severos y persistentes.

Entre todos los factores implicados para el desarrollo de estas conductas la familia es uno de los más importantes y el que mayor influencia provoca (Dekovic et al, 2003; Torrente y Rodríguez, 2004). Los factores como criminalidad parental, maltrato infantil, pautas educativas inadecuadas, hogares deshechos, eventos familiares muy estresantes, marginación socioeconómica, etc. son considerados factores de riesgo del desarrollo de problemas de conducta.

También es cierto, que, aunque se realizan grandes esfuerzos para realizar diagnósticos adecuados en la infancia, los trastornos en esa etapa de la vida en muchas ocasiones aparecen combinados, de forma que se superponen unos s otros, interactuando entre ellos. Además, debido a lo muy cambiante que es el proceso del desarrollo desde la infancia a la adultez en muchas ocasiones los trastornos pueden llegar a enmascararse con los aspectos que dominan la personalidad en cada etapa. Estos cambios en el desarrollo, por tanto, dificultan el seguimiento de los trastornos en los niños y hacen más complicado evitar que acaben desencadenando en problemas durante la vida adulta (Alda, 2009).